



V

El adiós á una casa

El día que mi cirujano y amigo, el Dr. Duchastelet —que, dicho sea de paso, me ha salvado dos veces la vida en lo que va de este año,—me anunció que en adelante debería cuidarme mucho; que habría de tomar grandes precauciones, guardándome particularmente de tomar el tren á cada dos por tres y correr de París á Maudres y de Maudres á París, como he tenido por costumbre durante los últimos veranos, confieso que se apoderó de mí un verdadero acceso de tristeza.

Las advertencias del doctor, sus consejos de permanecer en casa tantas horas como pudiese, no podían ser más desagradables para un hombre como yo, aña-

cionado incorregible á vagar ociosamente por las calles de París. Además, la primera consecuencia del *ukase* facultativo era la necesidad de vender mi alegre casita de campo, en donde yo, burgués de nacimiento, aprendí hace algunos años á distinguir un olmo de un tilo y á no confundir el breve gorgojo de la oropéndola con las caprichosas vocalizaciones de la curruca.

Sentíame algo afligido días pasados al redactar en el despacho del notario el anuncio de la subasta, fijando el día del remate. Pero es preciso reconocer que en el fondo no tengo nada de común con el feroz propietario que dibujó Gavarni, poseído de admiración ante las cercas de su casa y preparándose sin duda á rodearlas de cepos de lobo y coronarlas de vidrios rotos; porque pronto me habitué al pensamiento de que, dentro de algunas semanas, mi casa pertenecería á otro dueño y yo no poseería ya más bienes inmuebles que un rincón de tierra en el cementerio de Montparnasse, en donde, á fines de Julio último, estuve á punto de fijar definitivamente mi domicilio.

Convengamos, pues, en que mis instintos de propietario son bastante débiles. En el mundo sensible yo creo que ver es sinónimo de poseer; así es que me siento dispuesto á gozar en terreno público de las bellezas naturales, tan plenamente como en el centro de la finca comprada con mi dinero y protegida contra extrañas invasiones, no tanto por las cercas como por el miedo á dar con los huesos en la cárcel.

No obstante, sería un error creer que no tenía yo cierto cariño á mi casa de campo, y que el dejarla no me causaba verdadero pesar; si bien los sentimientos que de día en día se apoderan de mi alma disminuyen cada vez más sus repugnancias ante el sacrificio.

Lo que debe de ser verdaderamente penoso es verse en la necesidad de vender el solar de la familia. Yo no imagino separación más dolorosa que esa. Vagar por última vez á la sombra de los viejos árboles que plantaron los antepasados; coger, al partir, para ponerla entre las hojas del devocionario materno, una rosa de aquel rosal predilecto que la pobre mujer regaba cada día; sentarse por vez postrera en la poltrona, junto á la chimenea, donde el abuelo dormitaba durante las veladas invernales; despedirse para siempre de esas habitaciones cuyos muebles, camas y cunas recuerdan la muerte y el nacimiento de tantos seres queridos; cerrar, para que la abran pronto manos extrañas, la puerta de la sala de familia, en la que está marcada con lápiz la propia estatura, desde la infancia hasta la pubertad; abandonar esas paredes, en las que arraigan los recuerdos con más fuerza que la hiedra; dejar estas flores, que parecen guardar en su aroma algo del alma de los muertos que amábamos; eso sí que ha de ser una hondísima pena, una de esas horas de agonía sentimental en las que se comprende cuán profunda verdad encierra la frase del poeta: *sunt lacrimae rerum*.

Yo no he tenido que pasar por tan desgarradora vicisitud. Mis padres, afanosas abejas de la gran ciudad, recorrieron una tras otra diversas colmenas; pues eso vienen á ser las casas parisienses. No me quedan, por tanto, del hogar paterno, más que algunos muebles viejos, salvados milagrosamente de todas las mudanzas.

Sería absurdo y hasta ridículo comparar las lágrimas del que abandona para siempre el solar de sus mayores, con la suave tristeza de quien se despide de una casa donde ha pasado bien algunos veranos. Y sin embargo, son dos sentimientos de un mismo género.

Algo de mi vida queda, efectivamente, en esta casa de la Fraizière. Yo esperaba que, en compensación de una vida laboriosa, podría en mis últimos años gozar las modestas y puras delicias de mi propiedad campes- tre: pasear por el reducido parque, imagen de un rinconcito de Trianón; caminar á paso lento por los estrechos senderos, aspirando el aroma de las resedas al caer la tarde; sentarme bajo los grandes árboles, desde cuyas copas, al llegar el mes de Mayo, una orquesta alada me daba maravillosos conciertos; asistir al crecimiento y floración primaveral de los rosales de todas clases; recorrer la extensa huerta, en donde cada otoño crujían las ramas con el peso de la fruta, mientras en el parral adosado al muro se doraban los racimos entre las hojas reseca y polvorientas.

Todas estas cosas me eran queridas. Habían servido de marco por algún tiempo á mis sueños de poeta y



habían echado hondas raíces en mi corazón. Mas era preciso separarme de ellas, puesto que una vulgar enfermedad me exponía en adelante á necesitar de improviso la intervención del bisturí, y mis claveles y

currucas están demasiado lejos de casa del cirujano.

Otro será su dueño. Espero que todas estas cosas que me fueron gratas lo serán para el nuevo amo de la Fraizière, que acaso se forje la ilusión de que las flores que perfumaron los paseos de un poeta, exhalan un aroma más sutil y penetrante y de que los pájaros que cantaron para él saben hallar más delicados trinos. Yo quisiera que el propietario de esta casa que fué mía hallara en ella el bienestar de que por algún tiempo he gozado. Quisiera que para él fuese más fresca la sombra del follaje, y más verdes, floridos y olorosos los arriates del jardín. Quisiera, sobre todo, que llegase á sentir verdadero afecto por la finca; pero no le ofrezco mi visita.

Será una debilidad, lo confieso. Pero me molestaría ver á mi sucesor escuchar la orquesta de pinzones y mirlos que un tiempo regaló mis oídos ó respirar el aroma de mis rosales. Sentiría celos retrospectivos y me atormentaría una vez más la indiferencia de la naturaleza, al comprobar que los pájaros cantan sin dárseles nada de la persona que los escucha y que las flores huelen bien para cualquier olfato.

Repito que deseo á mi desconocido sucesor toda suerte de felicidades; deseo que el joven fauno del jardín, desde su columna de yeso adosada de follaje, le acoja con una sonrisa de bienvenida; y le aconsejo, ya que las persistentes lluvias de este verano habrán borrado sin duda la filosófica inscripción del

cuadrante solar: «*Ultima latet*» (la última nos es desconocida), que la substituya por esta otra más alegre, expresión de mis buenos deseos: *Horas non numero nisi serenas* (marco tan sólo las horas felices).

¡Sí, que habite en la Fraizière la felicidad! Pero no es probable que yo pase jamás por su puerta, ni la vea coronada en primavera por los nevados corimbos de un saúco. En lo sucesivo esa puerta cerrada tendrá para mí la fisonomía hostil de una mujer amada que ha pasado á ser la esposa de otro hombre. Pasando por allí me vendría á los labios aquel melancólico verso de la *Tristesse d'Olympio*:

Ma maison me regarde et ne me connaît plus (1)

No obstante, algo más que un recuerdo quedará de mí en aquella casa, que me fué querida y en donde pasé dulcemente algunas temporadas.

Permítase á mi fantasía buscar las huellas del primer dueño de la Fraizière, é imaginar también qué vestigios dejará en aquel bello rincón de la naturaleza el actual propietario que hoy se dispone á abandonarlo.

Cuando pasé por primera vez en la Fraizière el mes de mayo, vi con alegría que en mi jardín abundaban los ruiñesores y observé que cantaban diariamente. Los ancianos de la comarca me habían contado que en otro tiempo, antes de 1830, cuando no era la

(1) Mi casa me mira y ya no me conoce.

Fraizière más que una pequeña casita rodeada de algunos árboles, perteneció á un notable músico que había sido primer violinista de la Ópera. No sé por qué, mi fantasía estableció una relación entre el anciano músico y los pájaros cantores. Yo imaginaba al *virtuoso*, vestido á la moda de su época, con calzón y zapatos de hebilla, metido en su casaca á lo Goethe y ceñido el cuello por amplia corbata blanca; me parecía verle, junto á una de las ventanas que daban al jardín, sentado ante el atril con el arco en la diestra y el viejo Stradivarius debajo de la barba, recordando, para distraer la soledad de su retiro, sus antiguas piezas de concierto y ejecutando con admirable maestría los trozos de gran dificultad, las variaciones, por ejemplo, sobre el *Carnaval de Venecia*.

Imaginaba luego, que los ruseñores se habían sentido picados en su amor propio, y llenos de emulación para demostrar al viejo artista que no sólo eran tan hábiles como él, sino que su garganta dejaba atrás al violín, eclipsando los prodigios ejecutados en otro tiempo sobre la cuarta cuerda por el inmortal Paganini; y que en esta lucha musical habían extremado la prodigiosa agilidad de sus trinos, la dulzura de sus modulaciones, la melancolía de sus amorosas quejas.

Seguramente desde la muerte del anciano músico se habían sucedido en el jardín numerosas generaciones de ruseñores. Pero no importa. Yo trataba de persuadirme de que en los nidos de la Fraizière se con-

servaba aún el recuerdo del viejo violinista. Complacíame en creer que en mi parque la tradición se había perpetuado y que los pequeñuelos recibían en sus nidos una excelente educación musical. Así justificaba mis pretensiones — no hay propietario que no las tenga, — de que los ruseñores de la Fraizière cantaban mejor que los demás.

Por lo que á mí toca, señalé mi permanencia en aquel paraje, propagando cuanto pude la hermosísima rosa de color de púrpura, de pétalos finamente aterciopelados y exquisito aroma, bautizada con mi nombre por un floricultor de aquella comarca.

En aquellas rosas queda algo de mi alma, como quedó algo de la del viejo violinista entre el ramaje de aquellos árboles. Todos los años, cuando lleguen las deliciosas mañanas de Mayo, los descendientes de aquellos ruseñores rivales del *virtuoso*, celebrarán con su divino canto la belleza y el perfume de las delicadas rosas del poeta.

